



JOSÉ ORTEGA Y GASSET

Obras completas. Volumen 8

Taurus, Madrid, 2008, 477 pp.

En 1917 Ortega escribió, en medio de fuertes tensiones nacionales y sociales de la España del momento, un artículo que podemos calificar de extraordinario. Podemos aducir para ello que anticipaba las grandes ideas que se plasmarían años después en dos obras fundamentales marcando, de este modo, una época para la buena salud y la expansión de su escritura, no sólo en nuestro país, sino más todavía en Europa y en América Latina: *España invertebrada* y *La rebelión de las masas*. Por otra parte se mostraba a las claras uno de los conceptos más importantes para la ética de la primera mitad del siglo XX como es la *estimación*. Ésta se suele interpretar en el contexto orteguiano a partir de la axiología, más conocida como la ciencia de los valores fundada por M. Scheler. Los exegetas no han clarificado el grado, el peso de aquella por la simple razón de que el concepto de vida, el más radical de todos, del que todos los demás dependen, no concuerda del todo con realidades que se muestran absolutas, imperecederas, y los valores responden a estas características. Pero lo que aquí nos interesa es tanto saber como tener la capacidad de distinguir las cosas, las situaciones, las personas, para, en definitiva, no entronizar al ignorante, al malvado o al tirano, y este es, dicho sea de paso, y a mi juicio, el acierto y el legado de la obra de Ortega.

El susodicho artículo no es otro que *Democracia morbosa*. Ahí habla de la *hiperdemocracia* y del ahogo que supone que en todas las esferas de la vida social se considere todo democrático, igual, dándose distintos proyectos ante los que no cabe un veredicto equitativo. También encontramos una consideración digna de tener en cuenta, porque avisa el pensador español de considerar la democracia así como algo acabado, finiquitado, hecho y, a su vez, perfecto. Por el contrario, todo, como la vida misma, necesita y requiere de cuidados, de mimos para que no se marchite. La democracia, como un *constructo* y una creación que puede, en cualquier momento, morir, dejar de existir. Con cierta ironía y lucidez solía decir Ortega que se cree en la democracia de forma similar a como se cree en la Virgen María. Por desgracia, los acontecimientos acaecidos en las décadas de los años 30 y 40 le dieron la razón.

Como decíamos, si algo enseña Ortega es que todo no vale lo mismo y, por ende, que no todo da igual. Hoy asistimos a la dictadura de que todos los pensamientos, todas las posturas son igual de respetables. Si paramos mientes en esta lógica tan brutal, implica, querámoslo o no, la muerte de la filosofía, ya que ésta funciona a través de la lucha, de la dialéctica entre argumentos que se cotejan, se exponen y se expresan. De ahí la actualidad de la obra de Ortega porque toda ella puede entenderse como un ejercicio de estimación, de saber captar ciertas jerarquías, esto es, lo distinto y, más todavía, *lo distinguido*. Pero, ¡cuidado!, aquí no estamos hablando, y Ortega no lo hace, de clases sociales, ni de posiciones crematísticas. No. Hablamos de otra cosa, porque ¿cuántas personas tienen voz mañana, tarde y noche en los medios de comunicación, se engalanan a la última moda, poseen de todo y lo único que transmiten es que son capaces de vender hasta su propia familia? Hacen gracia, incluso provocan, pero, con la que hoy está cayendo, dicho simple y llanamente, parece fuera de lugar del tiempo que vivimos, amenazador aunque lleno, al mismo tiempo, de retos y expectativas históricas. La lectura relajada y sosegada de Ortega nos ayuda a prescindir de la paja, de lo efímero, aquello que Nietzsche de una forma un tanto malévola expresaba como lo susceptible de sufrir un empujón para que no apestase todo aquello que rezumaba salud y vitalidad. Y Ortega lo expresó de una forma magistral, de una forma menos provinciana que el pensador alemán, en un discurso que pronunció en Segovia en 1931 y que corresponde al primer acto público de la Agrupación al Servicio de la República junto a Marañón, Pérez de Ayala y Machado, este último como anfitrión en calidad de presidente de la Agrupación en la provincia castellana: “Sabéis bien, si cada cual recuerda la experiencia de su vida privada y personal, que no todos los días son iguales ni pueden afrontarse todas las situaciones con el mismo temple. Hay las jornadas monótonas, en que se hace hoy lo que se hizo ayer y no requieren de nosotros poner a gran tensión nuestro ánimo. Pero hay otras en que os encontrasteis ante un problema grave de nuestra existencia íntima, días de enorme angustia o de alta esperanza que exigían de vosotros enérgicas resoluciones. Evidentemente, en jornadas tales, vuestro temple interior no era el mismo que sentíais en las habituales, sino que para resolver la difícil situación necesitasteis concentraros en vosotros mismos, como un ejército que forma el cuadro y reúne sus ímpetus para dar la gran embestida salvadora. Es falso dividir los días sólo en días de fiesta y días de labor –hay además otros días menos frecuentes pero mucho más importantes que son los días de decisión, de resolución. De esos días, si recordáis, dependió la que luego fuese vuestra vida, son los grandes días en que creamos nuestro destino”. Todo no tiene, por tanto, ni el mismo peso ni la misma gravedad; hay gradaciones y distinciones que debemos saber hacer para no incurrir en actos



LIBROS



JOSÉ ORTEGA Y GASSET Obras completas. Volumen 8

extemporáneos que desvirtúan la realidad.

Para ayudar a esta concienciación de nuestra circunstancia, de nuestra situación, desde el año 2004, Taurus, encabezado por un grupo de destacados investigadores, está llevando a cabo una empresa cultural nada desdeñable —aunque en este país, tan discutido y discutible y puesto en cuestión cada día, puede pasar inadvertida— y es la publicación de las *Obras Completas* del pensador español más importante de la historia junto a Suárez y Zubiri. Como hemos dicho anteriormente, este volumen octavo de las *Obras* no es cualquier volumen, de ahí la urgencia que tiene el lector de discernir el tomo que tiene entre manos. Por ejemplo, la entrega II, más conocido como *El Espectador*, reproduce los mismos escritos que la edición de las *Obras Completas* de Alianza, pero el que tenemos ahora entre manos representa algo extraordinario, y no hay ni un ápice de exageración alguna en la utilización y elección del adjetivo empleado. ¿Por qué? La razón es sencilla: se presentan los textos póstumos que van del año 1926, en plena dictadura de Primo de Rivera, al año 32, es decir, son los años preparatorios y la génesis central de toda su filosofía hasta 1955, año de su muerte, puesto que de ahí surgirá a partir del año 33 la empresa orteguiana en torno a la *razón histórica*. Estos años son el trampolín para el inicio de la *segunda navegación* de la filosofía de Ortega. Además, en esta época, y tras las consecuencias de la Primera Guerra Mundial y la crisis del 29, España deja de ser el problema dado que la pupila orteguiana vira hacia Europa y también hacia el mundo, el planeta. Los problemas traspasan el ámbito de las fronteras nacionales porque necesitan de decisiones conjuntas, en palabras hodiernas, globales. Europa puede marcar ese camino. La experiencia histórica está todavía a la espera de esta concienciación. Sólo desde esta perspectiva puede ser leído este tomo porque a partir de su contenido harán eclosión escritos claves como *En torno a Galileo*, *Historia como sistema* o el ensayo magistral sobre Dilthey que establecerá “los componentes hermenéuticos y metodológicos de la razón histórica”. Así pues, para entender la transformación y el giro propiciado a partir de estos años, se presentan por primera vez textos inéditos que nunca han visto la luz como *¿Qué es la ciencia, qué la filosofía?* que fue un curso pronunciado en Buenos Aires en 1928 inmediatamente después del curso que también se añade por primera vez en las *Obras Completas*, con el sugerido título de *Meditación de nuestro tiempo. Introducción al presente*, que José Luis Molinuevo ya editó y trabajó, y

que son un ejemplo de las dos primeras exposiciones sistemáticas de la filosofía madura de Ortega que más tarde reelaborará en cursos y libros como *La rebelión de las masas*. También se añaden los textos que rodean la génesis de obras casi canónicas de Ortega como *¿Qué es filosofía?* y los *Principios de metafísica según la razón vital*. Curso de 1932-1933 más conocidos como las *Lecciones de metafísica*.

Por otra parte, estos años recorren la singladura política y pública de Ortega en el advenimiento de la II República en la que participó de una forma activa junto a otros intelectuales que fueron, más tarde, perseguidos o, simplemente, ignorados por la fuerza brutal de la incompreensión y del pecado más español que existe y que hoy perdura impertérrito en casi todas las esferas sociales, tanto de poder e influencia como cotidianas, de la calle misma: la envidia. Léase la magnífica obra unamuniana *Abel Sánchez* o del mismo Ortega las *Meditaciones del Quijote* y su insistencia, casi fatigosa, de emprender un nuevo camino, una nueva empresa llamada *comprensión*, es decir, un eterno anhelo de curiosidad y respeto por el otro, por mi prójimo para borrar del mapa toda posibilidad de inmiscuirse en conflictos y guerras civiles. Y todo escrito en 1914. Sin embargo, la atención que merece este pensador es que mantuvo dicho juicio en los años en los que muchos políticos e intelectuales hicieron de la confrontación y, más tarde, del exterminio, su programa político, en uno y otro bando, y Ortega dejó constancia de ello, una y otra vez, desde la primera quema de una Iglesia hasta los excesos de los terratenientes, obreros, sindicalistas, banqueros o políticos. Escrito está y el volumen que ahora se reseña da buena cuenta de ello. En definitiva, hallamos la suma de obra y vida. Ahora todo depende del juicio más incisivo que existe, el del lector, desde la interioridad y el recogimiento, pero, sin olvidar, porque es Ortega quien escribe, que la alegría y la esperanza son tan ineludibles para la vida como lo son aquellos dos. A pesar de los pesares, a pesar de la crisis y de todas las vidas truncadas que contemplamos, estamos ante un filósofo que recordó, en más de una ocasión, el *dictum* que Zaratustra expresó tras penetrar el antiguo enigma del eterno retorno: “¿Es esto la vida? Pues venga otra vez”. Y nosotros, ¿estamos dispuestos a ello?

José Miguel Martínez Castelló